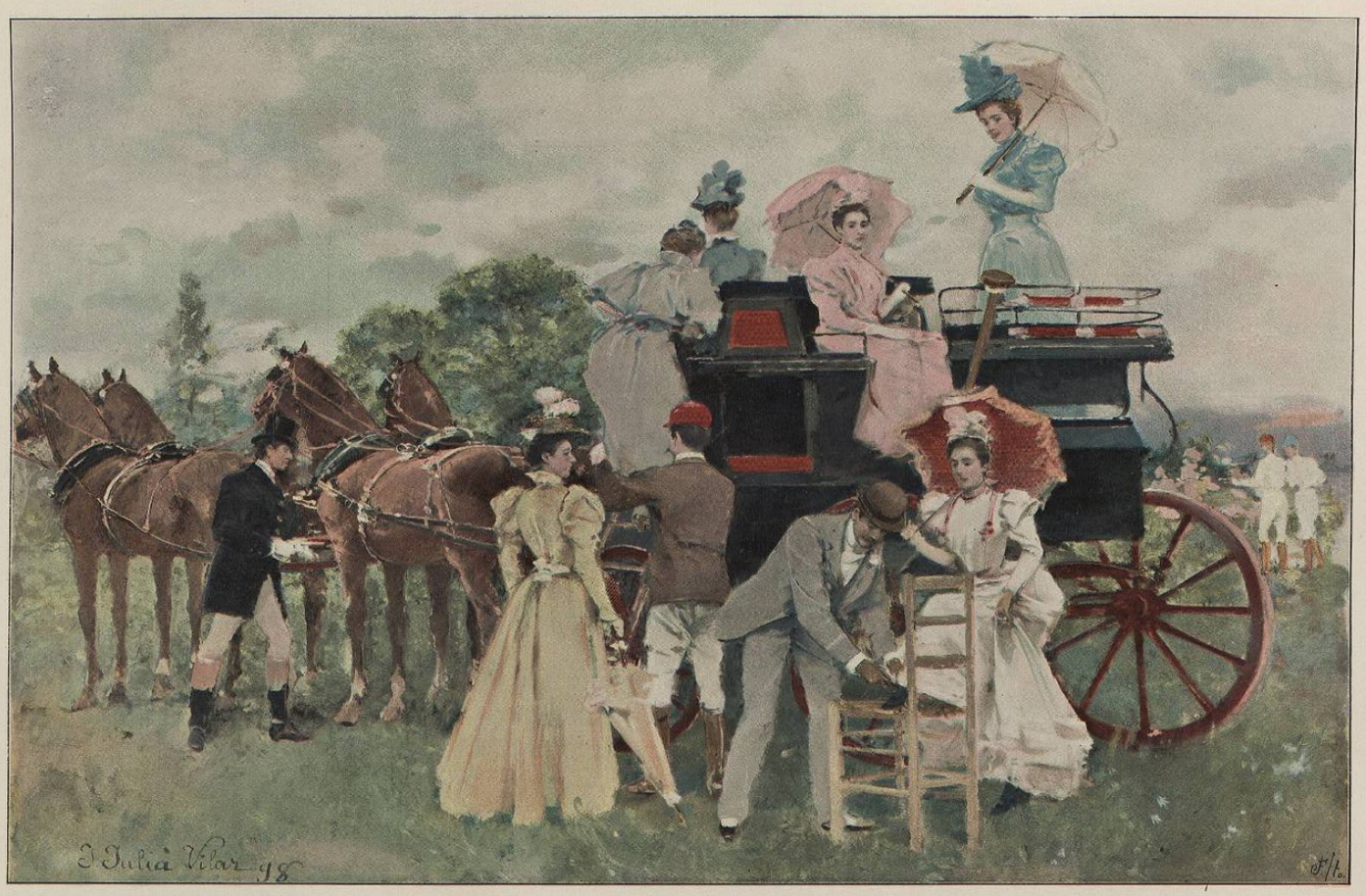
JOSEFINA JULIÁ VILAR

EN LA PELOUSE

JOSEFINA JULIÁ VILAR



LA HORA DEL REGRESO

tirlo tocaremos el final; y son tan convenientes á nuestra meta, que sin ellas no podríamos coronarla de un modo útil y cabal.

Por más que siento la comezón de referirlos, pasaré por alto muchos detalles, y de rondón me cuelo en el importantísimo que señala la fundación de Buenos Aires.

Compare usted lo que es hoy día esta ciudad con lo que fué; y no piense en lo que ha de ser andando el tiempo, si no quiere sentirse acometido del vértigo de las grandezas.

Verdaderamente, el espíritu más rebelde á la reflexión se echa á filosofar acerca de la obra del progreso cuya eterna misión consiste en demoler y reedificar, contemplando el espectáculo actual de Buenos Aires, y se imagina lo que estos lugares eran cuando, en 1535, habitados por la tribu india de los *querandies*, don Pedro de Mendoza levantó en ellos las rústicas chozas destinadas á morada de los expedicionarios, á uno de los cuales se atribuyen estas palabras: «¡qué *buenos* son los *aires* de este suelo!», exclamación que dió origen al nombre de la primera ciudad del Sudamérica.

Pero la fundación positiva de la llamada Atenas del Plata, no tuvo lugar hasta 1580, por Juan de Garay, que es el verdadero fundador de Buenos Aires, y fué víctima de las tribus indígenas, cumpliéndose en él la suerte que corrían muchísimos de aquellos conquistadores, misioneros y aventureros que en el siglo XVI pusieron tan alto el prestigio castellano.

El perímetro de la nueva población no excedía mucho de 2.400 varas de frente por 1.350 de fondo, subdividido en solares que Garay repartió entre sus compañeros de empresa...

Crece, creciendo, el ámbito aquel ha venido á parar en lo que usted habrá ya podido ver. Lo representaré por medio gráfico.

Trace usted una línea recta que, partiendo del soberbio edificio del Poder Ejecutivo, conocido generalmente por *casa rosada*, vaya á morir en el extremo opuesto de la villa de Flores, y tendremos, de Este á Oeste, una distancia aproximada de diez kilómetros; tiremos otra recta, opuesta, desde la Recoleta, es decir, el Cementerio Norte, hasta el populoso barrio de la Boca, en el Sur, y obtendremos un frente equivalente al fondo, más ó menos. Total, unos cien millones de metros cuadrados, dentro de cuyo recinto se mueven, se agitan y chocan las pasiones y deseos de setecientos mil habitantes, y se levantan millares de elegantes casas, multitud de espléndidos palacios, monumentales edificios públicos, donde á la continua cruzan por sus plazas y calles tiradas á cordel, imprimiendo á la ciudad típico sello de bullicio y algarabía, innumerables vehículos, desde la pesada *chata* del tráfico urbano al ligero carretón del vendedor ambulante, y desde el lujoso *landau* del opulento *estanciero* al democrático tranvía.

Tranvía, he dicho, y quiero con tal motivo referirme de paso á este medio de locomoción, tan extendido aquí, que ha dado á Buenos Aires fama de ser en esto la primera ciudad del mundo, despues de Nueva York.

Para que se dé usted cuenta de ello, hablen las cifras.

Nueve empresas de tranvías hay en la capital de la nación, con un recorrido en junto, de 370 kilómetros de raíles aproximadamente. Los coches puestos en movimiento transportan anualmente 70 millones de pasajeros, enorme circulación que arroja una entrada en las arcas de aquéllas de siete millones de pesos fiduciarios, equivalentes á unos 13 ó 14 millones de francos al cambio corriente.

Veo que me había desviado del esencial objeto de la conferencia de hoy, el cual prosigo á partir de este momento.

Con la fundación de Buenos Aires nuestros antepasados dieron por terminada la conquista de las provincias que en el día forman el territorio argentino, y con ella, la del Paraguay también, de cuyo virreinato eran éstas parte, al igual que todas las demás posesiones españolas de la América del Sur.

Para abreviar y no parar mientes en la historia de este país considerado como colonia, daremos un salto de un par y pico de centurias, y ¡zás! ya estamos en los primeros años de la nuestra.

Inglaterra, que de sobria no peca y cuya rapacidad corre parejas con su fenomenal poderío, intentó adueñarse de Buenos Aires allá por el 1804. La ciudad sufrió sitios y asaltos; pero de todo salieron triunfantes los defensores, formados por el elemento español y el criollo. Sin embargo, los movimientos aislados de la defensa, fueron los primeros ensayos de la revolución que poco después estalló al grito de independencia.

Prohombres de aquel movimiento que dió por resultado la irreparable pérdida de nuestro dominio en estos países, fueron Saavedra y Castelli, que en 1810 intimaron á Cisneros, penúltimo virrey, la renuncia del mando; fuéronlo también, y de más vuelo, entre otros, Belgrano, Rivadavia, Moreno, San Martín, considerado como el Pelayo argentino, Bolivar y el doctor Vicente López, autor del himno patrio que tendrá usted ocasión de oir, fuera de otros imprevistos, los días 25 de Mayo y 9 de Julio, que son los oficiales, por señalar respectivamente la proclamación del primer

FLORES Y REQUIEBROS, POR CUCHY.

Cabildo popular (1810) y la de la independencia, en Tucumán, de las Provincias Unidas del Sur (1815).

Finalmente, constituída en nación autónoma é independiente, y reconocida como tal por las extranjeras, la república Argentina ha venido salvando el montón de obstáculos naturales á las primeras manifestaciones de una vida que empieza, mayores aun cuando esa vida rebosa plétora de vigor y exuberancia.

La nacionalidad argentina ha atravesado momentos de prueba: el fraude electoral, hijo de las ambiciones personales en contubernio con los odios de partido, ha provocado frecuentemente cruentas luchas intestinas; las circunstancias la han arrastrado á varias guerras internacionales, que han forzosamente contribuído á paralizar su desarrollo en las múltiples fases de su marcha.

Todo, sin embargo, parece háberse conjurado con la última reciente revolución de que fueron teatro las calles de la capital federal y que precipitó la caída del presidente Juárez Celmán.

En 1880, la República Argentina carecía de capital, y los poderes públicos tenían su asiento en una ciudad de provincia. El presidente Nicolás Avellaneda, obtuvo del Congreso una ley, por la cual se declaraba á Buenos Aires capital de la Federación y se completó la obra de la organización nacional.

También durante la Administración del nombrado Avellaneda, se inició la conquista del desierto, y la coronó ha muchos años el general Roca, quien desalojó á los indios de sus tolderías, confinándolos á las fronteras andinas; empresa que reportó á la nación 18.000 leguas de territorio, donde antes sólo imperaba la autoridad del cacique, y puso coto á las incursiones de las tribus.

Dicho lo cual y previo su beneplácito de usted, me tomo la libertad de hacer aquí punto suspensivo; punto que será final en nuestra próxima conferencia.

ANTONIO ASTORT

FRAGMENTO DE UN DRAMA INÉDITO

¡Cuánto escondido dolor
en dulces pechos se encierra,
desde que al hombre traidor
se ha convertido en la tierra
en mariposa de amor!
Tantos hay, en realidad,
que alimentan la creencia,
reñida con la verdad,
de que está en la variedad
la dicha de la existencia;
que el mundo ha venido á ser
un jardín donde el placer
dicta leyes caprichosas,...
y una flor cada mujer,
y los hombres mariposas.
Del sol á los resplandores,
vese á éstas girar, bullir,
posarse en todas las flores;
y las hay, en mi sentir,
de tres distintos colores.
La que, después de volar
del parterre á la enramada,
logra por fin encontrar
una flor que, enamorada,
le convida á descansar;
en cuyo cáliz reposa,
extasiado en su belleza,
y con ella se desposa,...
esa es *blanca* mariposa,
emblema de la pureza.
La sola que es de mi agrado
y con el bien se concilia;
la única que ha logrado
formar el lazo sagrado
del amor y la familia.
La que veleta, inconstante,
con instinto criminal,
de todas liba un instante,
y trueca el verjel amante
en espantoso erial.
La que á la gallarda flor
del tallo marchita arroja,
tras de burlar su candor,...
esa es mariposa *roja*
que simboliza el dolor.
Cuyo aliento, empaña, quita
la tersura del cristal,
el tesoro conyugal;
es... la serpiente maldita
del paraíso terrenal.
En fin: la que, indiferente,
nunca ha movido las alas
porque absorta solamente
en sí, desprecia las galas,
de la creación; que no siente,
y egoísta, desdeñosa,
ve llegar la ancianidad
sin hijos y sin esposa,...
es... la *négra* mariposa
que vive en la soledad.
Que en su celibato fiero,
en su profundo retiro,...
más pobre que el pordiosero,
en brazos de un enfermero
rinde el último suspiro.

X.

DON JOAQUÍN COLL Y REGÁS

CREADOR DEL PATRONATO PARA OBREROS ENFERMOS Y OBRERAS EN CINTA, RECIENTEMENTE PREMIADO POR LA SOCIEDAD ECONÓMICA BARCELONESA DE AMIGOS DEL PAÍS.

ATENTO á los consejos dirigidos á patronos y obreros por S. S. León XIII, en una de sus memorables encíclicas, don Joaquín Coll y Regás, notable fabricante de géneros de punto, de Mataró, fué el fundador, *exclusivamente á sus costas*, de un *Patronato para obreros enfermos y obreras en cinta*, adscritos á su Fábrica.

Esta piadosa institución, ha sido premiada con Medalla de Plata y Diploma de honor, extendido en pergamino, por la Sociedad Económica Barcelonesa de Amigos del País, «como público testimonio (dice el referido documento), del aprecio que á esta Corporación merece el laudable proceder del señor Coll y Regás, y para que sirva de perpetuo recuerdo y noble emulación de cuantos pueden contribuir á mejorar moral y materialmente la suerte del obrero.»

Tienen derecho al *Patronato* del Sr. Coll, más de trescientos obreros, de ambos sexos, sumando ya importantísimas cantidades los auxilios prestados á aquéllos, á contar del año 1892, en que se fundó obra tan benéfica. Rige un breve Reglamento, las funciones de la misma; por él se ve que, todos los trabajadores, hombres ó mujeres, perciben diez pesetas semanales, al caer enfermos. Tienen igual opción, durante el último mes del embarazo y el mes posterior al parto, todas las mujeres, legítimamente casadas, que trabajen en el Establecimiento; debiendo forzosamente cesar en toda clase de labores, durante los dos indicados meses.

Hay que advertir que, sea cual fuere el número de obreras subvencionadas por este concepto, no altera el número de las que tienen opción á serlo por enfermedad.

Por estos y otros actos filantrópicos, el Sr. Coll y Regás ha sido con justicia llamado, por significadas personalidades, *modelo de patronos*, presentado al Nuncio de S. S., por el Excmo. é Illmo. señor Obispo de Vich, honrado con títulos honoríficos por respetables corporaciones, y celebrado como se merece por la prensa de Madrid y de las provincias de Barcelona y de Gerona. Nuestra Sociedad Económica, ha hecho un acto de verdadera justicia, y se ha cubierto de honor, proyectando el de su recompensa sobre un hombre ejemplar por sus virtudes cristianas, que señala el camino de la regeneración de nuestro estado social, por medio de la Caridad, decorosamente aplicada al obrero. Digno descendiente es el Sr. Coll, de aquel nunca bastante celebrado, don Antonio Regás Borrell y Berenguer, que, á últimos del siglo pasado y primeros del presente, tanto contribuyó con sus inventos, sus publicaciones y su patriotismo, al mejoramiento de nuestra Industria; al paso que impulsa su trabajo por la senda de un notable progreso, hace que sus trabajadores, y las clases necesitadas, en general, gocen con él de los bienes que la Providencia le concede. Por esto, en el expediente incoado para la adjudicación de aquel Premio, vemos que el Sr. Coll ha llegado al Patronato, pasando por otras largueces, que merecen ser conocidas: tales como la fundación de una Sala de aparatos hidroterápicos, en el Hospital de Mataró, premios en metálico á los mayores imponentes, obreros de la Fábrica del Sr. Coll, en la Caja de Ahorros, anticipos para la redención del servicio militar, etc.

¡Ojalá que, para el bien de España y de sus clases obreras, el bello ejemplo del bondadoso industrial de la ciudad de Mataró, tenga muchos imitadores! Por nuestra parte le enviamos un ardoroso saludo de respeto y de simpatía.

* * *

J. CUSACHS

UNA SPORTMAN

AUSENTE

«— ¡Adiós!... ¡adiós! — te dije cierta tarde,
mis brazos de los tuyos desprendiendo.
«—¡Adiós, hijo del alma!» — repetiste
con débil voz y dolorido acento.
¡Y por última vez me acariciaste,
besándome en los ojos... tus espejos!
«—¡No te olvides de mí!... ¡Que escribas pronto!
Si sufres, dímelo... ¡Que seas bueno!
La honradez, hijo mío, es la corona
que ha de darte valor... orgullo ¡aprecios!
Protege al desvalido cuanto puedas,
al malo compadece, y el sendero
enséñale del bien... si es que te atiende...
¡con estas obras, ganarás el cielo!»
Y secando tus lágrimas, seguiste:
«—¡Sólo te tengo á ti y sin ti me quedo!
¡Cuántas veces el llanto de mis ojos
ha de bañar tu solitario lecho!
¡Cuántas veces la almohada que tú dejas
he de buscar, cuando me rinda el sueño,
para soñar que estoy allí contigo,
y que te abrazo y que me das un beso!...
...No te asustes... no es nada... Lloro tanto,
porque, al verte partir, triste, presiento
si no volveré á verte aquí, en la tierra,
si será este mi abrazo el postrimero!
Soy tan anciana ya, tan viejecita,
que á la muerte, mi amiga, pronto espero,
y ¡sentiría tanto no tenerte
á mi lado en mis últimos momentos,
para mirarte y, al cerrar los ojos,
llevarme tu carita dentro de ellos!...
Mas, tengamos valor; dame otro abrazo.
Separarse es forzoso... Si yo muero...
allá, donde tú sabes, escondido
estará para ti cuanto yo tengo.
¡No olvides, hijo mío, que tu madre
morirá satisfecha si eres bueno!»

Y otra vez repetiste, cariñosa
y estrechando mis manos, tus consejos.

. . . . . .

Todos lloraban... menos yo, que, triste,
mudo como el dolor, cuando es inmenso,
te escuchaba, brillantes las pupilas
y el corazón saltándome del pecho.
Nos confundimos en amante abrazo...
«—¡Sólo te tengo á ti y sin ti me quedo!» —
repetiste á la vez que en las pupilas
te formaban las lágrimas un velo.
Y un «¡ay!» desgarrador, un «¡ay bien mío!»
de tus labios brotando, hirió mi pecho...

. . . . . .

No... no te olvido madre... ¡no te olvido!
en los ojos estás que eran tu espejo;
y advierte si es verdad, madre del alma,
que si á la Virgen miro... ¡á ti te veo!

LUIS DE VAL

CARRERAS DE CABALLOS

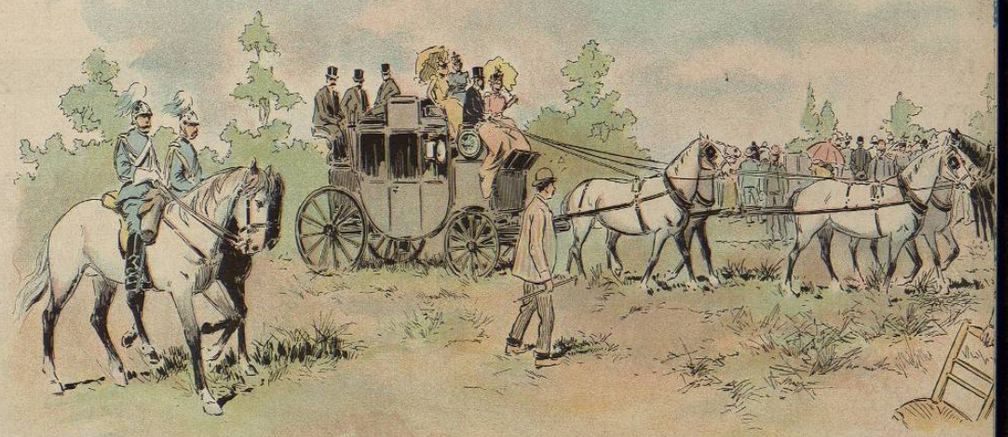
COMPRÉNDESE, sin discutirlo, que entre todas las fiestas ó diversiones públicas, sea ésta una de las universalmente preferidas por las personas de buen tono: pues, si algunas las superan en atractivo, pocas las igualan en cultura. En la misma España, donde las corridas de toros, tienen carta de naturaleza y casi constituyen una necesidad de la vida, el sport hípico cuenta con un número ilimitado de entusiastas adeptos, particularmente en las clases elevadas, y sobre todo en el bello sexo; quien no halla placer completo en los espectáculos que excitan ó hieren su exquisita sensibilidad.

No faltará quien nos objete que en los de esta clase caben también percances desgraciados; pero esos no suelen ser tan frecuentes ni funestos, que el temor de que se realicen tenga al espectador pusilánime en continua zozobra, como sucede en otros, calificados con razón de poco humanitarios.

Lejos de nuestro ánimo hacer causa común con los extranjeros, condenando nuestra fiesta nacional; máxime cuando ellos rinden culto á diversiones... aun menos humanas. No somos tampoco de los que piden su abolición; pero formamos en la lista de los que disfrutan más en una carrera que en una corrida y respiran mejor ambiente en el hipódromo que en la plaza de toros.

¡Es tan hermoso el panorama que aquél presenta cuando, á la caída de una tarde de primavera ú otoño, los reflejos del sol poniente doran su vasto recinto, en donde pulula y se agita un público elegante y bullicioso, por encima del cual descuellan, de pie en los altos *breaks*, y engalanadas con trajes de brillantes colores, según la moda actual, multitud de aristocráticas señoritas que, en su balanceo contínuo, parecen pintadas flores blandamente mecidas por la brisa! Allí, todas las mujeres son bellas: unas, porque lo son realmente; otras, porque el placer reflejado en su rostro y los alegres ojos de quien las mira, préstanles el encanto que les falta.

Y es de contar en esa clase de diversiones que, con ser tan animadas y



concurridas, raras veces se registra un lance desagradable que turbe el general alborozo.

Al menos, hemos tenido la suerte de no presenciar ninguno: por eso, sin duda, concurren á ellas las familias más ilustradas de la localidad en que se verifican, lo que contribuye no poco á su esplendor.

Luego, al terminar la *course*, como dicen nuestros vecinos de allende los Pirineos, *el desfile* constituye una segunda fiesta, más atractiva si cabe que la primera. El paseo ó avenida elegidos al efecto, resultan insuficientes para contener durante una hora los pelotones de apuestos jinetes y la interminable fila de carruajes, ocupados por los caballeros de más viso y las más distinguidas damas; quienes, conservando aún en los labios la sonrisa reveladora de su interna satisfacción, se ofrecen voluntariamente á la pública curiosidad, para proporcionar gratis á los millares de espectadores que con secreta envidia les contemplan, una parte del placer que ellos han comprado á peso de oro.

. . . . . .

Las carreras de caballos son, económicamente hablando, una conveniencia, casi una necesidad. Los industriales y pequeños comerciantes las esperan con verdadera avidez, porque, en mayor ó menor escala, tocan sus beneficios.

Nos atrevemos á afirmar también que constituyen un poderoso elemento de civilización. La historia de los deportes, proclamó su bondad; pues en este mundo, donde todo pasa deprisa y muere pronto, el sport hípico ha resistido incólume la marcha de los siglos desde muchos antes de Jesucristo.

Grecia, en las primitivas edades, celebraba ya con carreras sus fiestas nacionales y algunas de carácter religioso; no tardó Roma en aceptar esa institución, perfeccionándola con detalles y accesorios que todavía subsisten; cundió el ejemplo gradualmente, y las naciones todas, en particular Inglaterra y Francia, fueron acogiéndola y entronizándola, hasta darla el prestigio de que goza en nuestros días.

Documentos irrecusables prueban que en la península ibérica este género de deporte adquirió gran desarrollo durante la dominación romana; es de creer que existiría también en tiempo de los árabes; pero, desconociendo las alternativas que pudo sufrir de entonces acá, sólo resta consignar que su constitución definitiva tuvo lugar en el año 1845, cuando se construyó en Madrid el primer hipódromo, hoy existente; al que siguió, poco después, el de Barcelona.

. . . . . .

Las estaciones más á propósito para las carreras de caballos se comprende que sean la primavera y el otoño.

En esta capital suelen verificarse tres por temporada, que de año en año van conquistando mayor éxito.

Desdichadamente y gracias al villano exabrupto de gentes miserables, cuyo nombre mancharía nuestros labios, la culta Ciudad de los Condes no disfrutará en la primavera actual de tan agradable espectáculo. En el corazón de sus habitantes no cabe el placer, mientras los nobles hijos de España, entre los cuales se cuentan pedazos de su alma, exhalan gritos de coraje y de dolor.

Pero no porque, con justa causa, hayan dejado de anunciarse, se juzga dispensado el ALBUM SALON de consagrarlas, en esta época oportuna, el número que tenía dispuesto. Conténtense nuestros lectores con verlas pintadas, ya que no reales, y rueguen al Todopoderoso, como fervorosamente lo hacemos nosotros, que, en el otoño próximo, humillada la soberbia de los desalmados enemigos de esta tierra infeliz, puedan verificarse con mayor esplendidez que nunca, en celebración de una fausta y completa victoria.

* * *

LA OBSESIÓN

Pobre Cándido!

No podía pedirse más aparato: aquella vez sí que la comedia fué completa. Todos le acompañaron á enterrar el cuerpo de su esposa. Los amigos de verdad, los murmuradores de oficio; los desocupados de profesión: todo el mundo.

Cuantos habían cortejado á la mujer y, tras el despecho de la envidia, habían hincado el diente en la honra de la esposa; los que habían mentido solapadamente y habían inventado sutilezas descaradas de acusaciones á media voz; los que aguardan el plato del día de la mesa de los casinos donde se sirven honras ajenas á paladares tragones y cerebros enfermizos; cuantos habían gozado con el éxito de sus murmuraciones, estaban allí.

Los que habían procurado entorpecer la carrera del artista notable y laborioso, bien tendiéndole la zancadilla de una crítica de mala fe, armada con los más refinados detalles de sus malas artes, ó hiriendo al hombre para matar al artista: todos los enemigos del oficio, también fueron á acompañarle...

La muerte no viene sola, en cueros y con guadaña, como la pintan en los retablos góticos, sino con un cortejo de gente, vistiendo traje de sociedad, que acompañándola creen que la sobornan y la alejan...

Del convoy que va siguiendo á un cadáver, en los primeros coches se pena, se llora y se vuelven hacia atrás los ojos del alma que todavía quisieran ver palpitante de vida al sér que nos arrebató la muerte. En los otros se empieza por hablar de cosas indiferentes, la memoria del que se va á enterrar, pongo por caso, y se acaba abriendo la fosa de los vivos con la tierra que se echa en la del difunto.

El enterramiento, tal como los hombres lo han dispuesto, acaba como ha empezado; más ó menos aparatoso, de un valor convencional: como todo. Después el hombre de la fiera guadaña, da un beso en la frente del padre, del esposo ó del hijo, y se marcha dejando el germen de un nuevo tributo.

Yo fuí en el segundo coche, con la víctima viva. Por esto, cuento lo que pasó.

Cándido, con el dolor de una desesperación suprema, se complacía recordando la historia de sus amores. Aquellos juegos de cuando eran niños, los dos hermosos, los dos rubios. La gente los tomaba por hermanos; algunos decían: ¿son dos niñas, verdad? y ellos reían y sus padres reían también; todo era alegría. Después ya no preguntaba la gente, si eran hermanitos, limitábanse á decir: ¡qué pareja tan lucida!... y ellos se miraban sonrojándose, y una sonrisa brujuleaba por sus labios, y sus padres les miraban con orgullo; todo eran esperanzas. Más tarde se casaron, lloraron juntos la muerte de los pobres viejos y, dejándose arrebatar por una pasión que les completaba, vivieron felices y confiados.

Pero, ¿y el mundo?... La hermosura podrá ser precavida, el talento podrá ser respetuoso, el criterio se mantendrá como bueno; pero... y los raquíticos de corazón, y los impotentes, y los envidiosos ¿han de estar callados? La murmuración, ¿acaso ha descansado nunca? Si por arte de magia pudiera llegar á desterrarse del mundo la mentira, la murmuración diría que no la echa de menos, porque no la necesita.

Todo esto iba diciendo Cándido, como si hablara consigo mismo. Sus labios apenas se abrían, sus ojos vagaban por todas partes, sin fijarse en ninguna, y sus manos trémulas se cerraban crispándose, cual si quisieran asirse á algo que se ha perdido para siempre.

Regresamos á su casa, y deshízose como pudo de las visitas que le aguardaban.

Pasó por entre aquella gente que le miraba con insultante compasión, como mira el más fuerte al que ha vencido, y va á consolarle, para rematar su obra perdonándole la vida; y parándose en mitad de la sala, clavó en mí los ojos que se le saltaban de la cara, y con todo el imperio de su voz me dijo:

—Ven.

Seguíle por aquella casa que parecía que habían invadido la curiosidad y la murmuración; subimos por unas escaleras, entró él en un cuarto, cogió no sé qué, volvimos á bajar, á bajar mucho, hasta pasar el nivel del piso de la calle, y ante una puertecita pintada de blanco sucio en la que unas letras negras decían—*taller*,—paróse poniendo el cuerpo entre la pared y el mío, como para impedir que yo adelantara, y con los ojos casi cerrados y la actitud de quien solicita, me dijo:

—Acompáñame, te lo suplico.

Y sin aguardar que yo contestara, abrió la puerta y me empujó dentro.

No había allí ningún adorno: en las paredes, colgados con alambres, algunos vaciados en yeso de cabezas griegas y romanas, dos trozos de bajo-relieves, y por el suelo fragmentos de estatuas á medio labrar, herramientas de pulidor, cinceles llenos de hollín y palillos de modelaje, cubiertos de barro seco. En el centro del taller había una tarima giratoria, y en ella un bulto cubierto con sábanas teñidas de color de tierra húmeda.

Cerró la puerta, adelantó hacia mí, cogióme con sus manos de hierro y, sacudiéndome con furia, me dijo.

—Era verdad, imbécil; era verdad.

Y sin darme tiempo de replicar, alcanzó las puntas de la sábana que cubrían el bulto erguido sobre la tarima, y con el respeto con que habría descubierto una cosa santa, fué deshaciendo los pliegues que la humedad había pegado, hasta dejar libre de toda envoltura un soberbio cuerpo de mujer. La estatua era una maravilla. Con el tronco inclinado hacia atrás y las manos en actitud de atraer; sin fuerza, pero con insistencia; parecía la diosa de la idea constante que aguantara las invisibles ligaduras de una eterna obsesión.

La cabeza, llevaba el pelo suelto y tendido por los hombros hasta la cintura; tenía los ojos entreabiertos, como velando una mirada que en un instante podía trocarse en apasionada, y sus labios gruesos y lujuriosos se curvaban con una sonrisa que parecía acentuarse hacia adentro, como si aquella mujer fuera todo promesas. Semejaba la encarnación de algo malo que no había llegado á ser... ú ocultara lo que había sido.

Cándido cogióme de la mano y, apartándose, dijo:

—¿La ves? No la mires mucho; te engañaría también. Ahora has de saberlo, para siempre. Cuanto ha dicho el mundo es verdad. Ha sido adúltera, madre de un hijo que no es mío. Un hijo que no tiene padre, porque ella lo ha matado.

Es parricida, y yo la he perdonado ante la gente que arriba está murmurando.

No creas que la hemos enterrado, porque aún alienta. ¿No ves como sonríe?

Y Cándido se acercaba á mí, tanto que casi me abrazaba: su cuerpo temblaba, como si sintiera frío intenso, muy intenso.

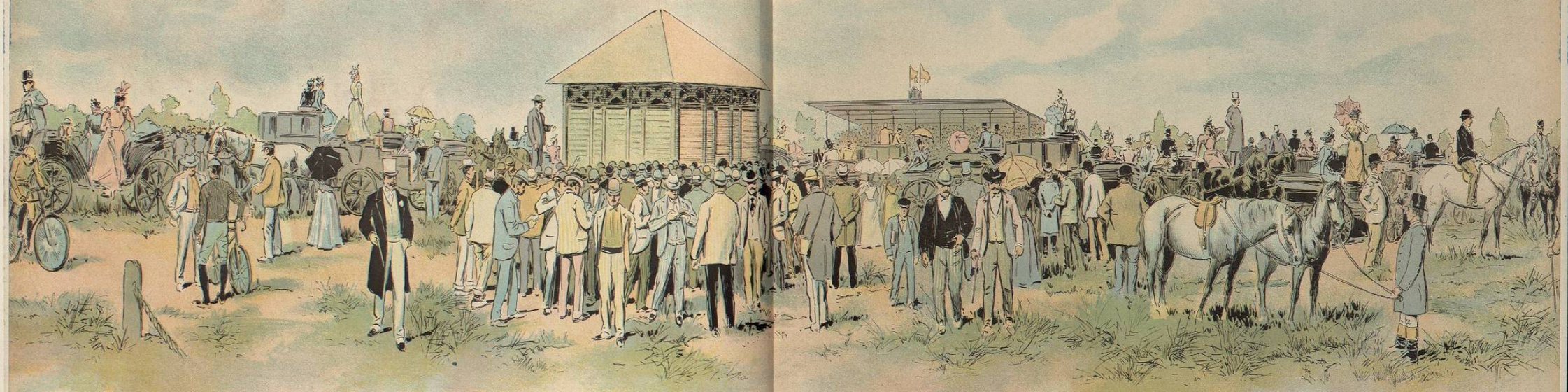
De pronto dió un grito.

—¡La infame! Cree que me ha engañado, que continuará engañándome, porque todavía tiene vida, porque todavía sonríe. ¡Maldita!

Dijo y, sacando un revólver, disparó un tiro apuntando á la estatua con tanto acierto que la bala fué á empotrarse en el turgente pecho de la escultural mujer que se tambaleó un instante y después... continuó sonriendo como antes. Y sonreirá siempre, porque el esposo que creyó quitarle la vida, traspasándole el corazón, es el artista que no tiene el valor de borrar aquella sonrisa destruyendo el encanto de la cabeza.

La figura de la mujer sigue triunfante, con el pecho atravesado, sin que haya perdido el atractivo de su hermosura, que el ofendido es el primero en conservar.

Marcos JESUS BERTRAN.



LA VELA DEL DIABLO

Seis años contaba escasamente Dieguillo, cuando le dejó huérfano su padre, muriéndose de enfermedad, si bien no he logrado averiguar que clase de enfermedad había sido.

A más de que, tampoco era de gran trascendencia el averiguarlo, ya que no es cosa que haga al caso, ni sea menester para nuestra historia.

Su madre, que era muy buena y muy piadosa, y que deseaba que su hijo fuese algo de provecho, á fin de que pudiese más adelante serle también á ella de alguna utilidad, fué á pedirle consejo al señor cura, quien ya en otras ocasiones se lo había dado con gran acierto, sobre la carrera ó el oficio que convenía darle al rapazuelo.

Conocíale ya á éste el buen sacerdote; como que él fué quien le roció con el agua santa del bautismo, quien le enseñó la doctrina y hasta las primeras letras.

—Mira, Pascasia,—díjole el cura á la madre de Dieguillo;—al chico te le traes para acá y le enseñaré de monaguillo, que es el primer peldaño de la escala que, si se sube con derechura y con buena voluntad, lleva hasta á ser lo que soy yo ahora, y hasta á puestos mucho más altos.

No se lo hizo repetir la Pascasia, entre otras razones, porque á esto iba ella á la rectoría; á que se encargase el cura del muchacho y le tomase bajo su tutela.

En lo cual no andaba descaminada la madre del chico, pues no hay árbol que mejor sombra dé que el árbol de la iglesia.

Al otro día, entró Dieguillo en el ejercicio de sus funciones, empezando por las tareas más sencillas.

Poco á poco le fué haciendo adelantar el señor cura, hasta llegar á ser tan ducho como sus compañeros, que eran solamente dos ó tres, porque no daba para más el pueblo, y aun de éstos sobraba cuando menos la mitad.

Porque aquellos feligreses estaban tan aferrados á la vida, que sólo muy de tarde en tarde se dejaba atrapar alguno por la escuálida espigadora de existencias.

Ni había más que muy contados casamientos, porque la mayoría de las mozas y de los mozos, abandonaban el pueblo cuando empezaban á entrar en razón, para ir á servir ellas en la ciudad, y ellos en el ejército.

Y por ende, y como legítima consecuencia, resultaban todavía más escasos los bautizos, por la sencillísima razón de que si no se muele el trigo, no hay cuidado de que dé harina.

De todo lo cual resaltaba que el oficio de Dieguillo era muy descansado, y le sobraba tiempo para hacer observaciones, y fijarse en detalles de que sus compañeros no hacían caso alguno.

Y fué uno de éstos, el de que en uno de los altares de la iglesia, venerábase un San Miguel muy arrogante, que le tenía puesto el pie encima al diablo, amenazando pincharle con una resplandeciente espada que en la mano llevaba.

Mucha era la devoción que á aquella imagen tenían los feligreses, y de ahí el que casi siempre ardiesen ante ella un par de velas.

Cuyas velas estaban colocadas de manera que únicamente al santo Arcángel iluminaban, dejando al pobre diablo casi completamente en la sombra.

Chocóle esto al monaguillo, y empezó á discurrir sobre aquella desigualdad que podía ser irritante, tratándose de dos ángeles, por más que fuese bueno el uno y el otro malo.

En estas cavilaciones andaba el chico, grandemente preocupado desde hacía algún tiempo, cuando una mañana de cierto día de gran fiesta y de gran concurrencia al templo, pasando junto á la pila del agua bendita que adosada estaba á uno de los pilares de la entrada, apercibió sentado en una pequeña repisa que el pilar formaba, á un diablo exactamente igual al que tenía San Miguel bajo sus plantas.

Tenía éste en su mano izquierda una tira de una materia para él desconocida, pero que nosotros hemos de decir era pergamino, y en la diestra una cosa á manera de lapicero, con el cual no cesaba de trazar carácteres encima de aquella tira.

Chocóle esto al monaguillo, y como estaba familiarizado con todo lo que á aquel sagrado recinto se refería, y lo mismo le quitaba el polvo á los candeleros y á los crucifijos, que le arreglaba los pliegues de la falda á una virgen, ó le lavaba la cara á un santo cualquiera, en cuanto no la tenía suficientemente limpia; con la misma franqueza, se aproximó más á la pila, encaróse con el diablo y preguntóle:

—Oye tú, ¿qué estás haciendo ahí? ¿Por qué te has marchado de tu sitio?

El diablo, que por lo visto no se daba á menos de tener confianza con aquel inferior suyo, contestóle:

—Apunto en una lista á todos los feligreses que van entrando y no se santiguan con la perfección y piedad que exige el caso, para luego presentársela al Juez Supremo, á fin de que les mande aplicar el correspondiente correctivo.

Quedó como quien ve visiones Dieguillo ante semejante contestación.

Ocurriósele que quien de aquella manera miraba porque no se le perdiese el respeto á Dios, forzosamente tenía que ser amante de su gloria.

Si así era, como no le cabía lugar á duda después de lo que acababa de ver y oir, bien merecía que se le venerase tanto á él como al santo Arcángel que le tenía puesto el pie encima.

Y desde aquel día, aparecieron en el altar dedicado á San Miguel tres velas encendidas; dos en el sitio de costumbre, y otra colocada un poco más abajo, de manera que viniese á dar de lleno en la imagen del diablo.

⁂

Transcurrieron los años y fué creciendo Dieguillo, siempre dedicándose al cuidado de la iglesia, bajo la dirección del señor cura, que abrigaba la esperanza de que andando el tiempo debía ser su sucesor en el curato.

Pero nunca faltan quienes se complazcan en hacer lo posible para desviar del buen camino á aquellos que lo siguen, y no había de gozar Dieguillo del privilegio de verse libre de tales tentadores.

Fueron éstos unos muchachos del pueblo á quienes hubo de ocurrírseles jugarle

una mala pasada al alcalde, por haberles prohibido éste que cazasen los vecinos en los bosques de su propiedad, bajo pena de una multa muy crecida.

Teníale afición á la caza el mozo, que mozo era ya por entonces Dieguillo, y también á él se le antojó vejatoria la prohibición del alcalde.

Por cuyo motivo, y desoyendo por la vez primera las amonestaciones del señor cura, avínose en principio á los planes de sus atolondrados compañeros.

Una vez dado el primer paso y soltada la primera prenda, va uno deslizándose poco á poco por la pendiente, dejándose llevar como de la mano, aun cuando interiormente se llegue á comprender que el camino por donde se anda no es tan bueno como debiera ser.

No cejaba el señor cura en sus consejos de prudencia, ni le iba en zaga á éste la Pascasia; pero habíase ido comprometiendo Dieguillo, y su honrilla no le permitía ya retroceder.

Una noche de esas sin luna, que tanto les agradan á los que llevan intenciones malas, noche de día de fiesta, reuniéronse después del rosario, en un lugar apartado del pueblo, los descontentos; encaminándose juntos hacia el punto del monte donde radicaban los pinares del alcalde.

Tratábase nada menos que de pegarle fuego al bosque, pensamiento que no acababa de llenarle del todo al protegido del señor cura; por cuya razón, si bien no se atrevió el mozo á faltar á la cita, les fué acompañando con paso algo remolón, no sin que para sus adentros anduviese acusándose á sí propio de su maldita debilidad.

Hemos dicho ya que era una noche sin luna; de lo cual se desprende que estaba tan obscura y negra como la conciencia de quienes á tan mal paso le conducían.

De pronto, sintió que le cogían por un brazo, obligándole á detenerse, mientras una voz le decía con imperativo tono:

—Si das un paso más, estás perdido.

Helósele la sangre en las venas á Dieguillo, al oir aquella voz cuyo timbre pareció recordar, y subió de punto su terror cuando, al volver la cabeza para enterarse de quien tan bruscamente le retenía, fijáronse sus ojos en él.

—¿Me reconoces?—preguntóle éste.

Dieguillo sólo pudo contestar, temblando como un azogado, con un movimiento afirmativo de cabeza.

Tenía delante al diablo; á aquel diablo que el santo Miguel de la iglesia sujetaba con su pie, á aquel diablo en cuyo honor seguía aún haciendo arder una vela más en el altar del glorioso Arcángel.

—Tú me has venido honrando hasta hoy, juzgándome amigo de Dios y digno de veneración. Nobleza obliga, y no ha de decirse de mí que soy ingrato para quien en tan buen concepto me ha tenido. Vuélvete corriendo al pueblo y vete á la rectoría, donde se te está esperando con ansia; porque el cura sabe que el alcalde ha descubierto el complot y os tiene preparado un lazo. En él caerán tus compañeros; en él caerías tú, á no mediar mi gratitud.

Tras de una pausa, durante la cual contemplaba al mozo con centelleante mirada de codicia, agregó, á los pocos segundos, con acento sombrío:

—Apaga mi vela y no sigas haciendo méritos, que no han de serte de provecho

alguno. Yo soy enemigo declarado de tu Dios y de todos cuantos le servís. Hoy te salvo, obrando contra mis principios: el día en que vuelvas á caer en tentación, cuenta con que no te libras de mis garras.

Y, dándole un rudo empellón, que á poco estuvo como no le tiró de bruces, agregó:

—¡Vete á escape, antes que me arrepienta de mi estúpida buena acción.

Al otro día, la guardia civil sacaba de la cárcel del pueblo á los conspiradores de la víspera, atados codo con codo, para conducirles á la cabeza del partido y ponerles á disposición del Juzgado, á fin de que respondiesen ante él de la acusación de incendiarios que sobre ellos pesaba.

Habíaseles cogido infraganti, en el momento en que empezaban á consumar su delito.

Bien trataron ellos de complicar á Dieguillo en su mala suerte; mas nadie pudo darles crédito, porque éste, hallábase rezando con el señor cura las oraciones de la noche, cuando eran sorprendidos ellos en el bosque.

F. LUIS OBIOLS

SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

CUBIERTA EN COLOR, de Sans Castaño.

Exámenes. Caricaturas de Xaudaró.

PÁGINAS EN COLOR: *Excmo. señor Duque de Medinasidonia.* Jefe Superior del Real Palacio. (Retrato).

Macero de la Catedral de Barcelona. Acuarela de Tomás Moragas.

Procesión del Corpus; por Más y Fontdevila.

El pan de cada día. Cuadro de Tamburini.

PÁGINAS EN NEGRO: *El negro de Colón. Episodio del Descubrimiento.* Artículo de Julio Vega-Rey.

Catedral de Barcelona. { Testero del coro y púlpito. / Organo y puerta de salida á la calle de los Condes.

El mejor tesoro. Cuento de Miguel Medina.

¡Calvario! Cuento de Giraldos Albesa, ilustrado por Cuchy.

El Obispo de Chilapa (Méjico). Retrato, autógrafo y apuntes biográficos.

Mañanita de invierno. Artículo de Rafael Altamira.

Exposición de Bellas Artes en Barcelona. Pintura y escultura. Juicio crítico por Francisco Miquel y Badía. *Industrias artísticas.* Juicio crítico por Francisco Tomás y Estruch. *Reproducciones fotográficas de algunas de las obras expuestas.*

Federico Alfonso. Retrato y apuntes biográficos.

MOSAICO.

REGALO. *Melodía* escrita expresamente para el ALBUM SALÓN por el joven maestro-compositor Federico Alfonso.

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.

Impreso por F. Giró. — Papel de Sucesores de Torras Hermanos. — Litografía Labielle.

EL NEGRO DE COLÓN

(EPISODIO DEL DESCUBRIMIENTO)

SABIDO es que algunos años antes de que Cristobal Colón diera conocimiento de sus planes, los portugueses se le habían anticipado en la senda de los descubrimientos, si bien limitándose á costear los litorales de Africa, doblando varios cabos, entre ellos el Verde, el Bojador y el de Buena Esperanza, aportando y reconociendo varias islas del Golfo de Guinea.

A la vuelta de estos viajes de exploración, solían los navegantes traer á su patria, entre las muestras de ricos productos naturales de aquellos climas, algunos individuos de la raza que los poblaba, y entonces empezaron á verse en Lisboa los primeros ejemplares de la pura y legítima familia negra, que más tarde había de extenderse en las colonias con tan desgraciada suerte.

Aquellos negros se dedicaban en Lisboa al servicio doméstico, á mandaderos y otros oficios propios de su humilde carácter y mansa condición.

Colón, residente entonces en la capital portuguesa, donde se había casado y donde se ocupaba en los trabajos de que dependía su modesta subsistencia y la de su familia, conoció á uno de dichos negros, llamado Juan, al que ocupaba accidentalmente en varios quehaceres que él no podía desempeñar, puesto que su escasa fortuna no le permitía sostener un criado permanente. El negro sirvió á Colón con el mejor esmero y le cobró un grande afecto, á causa del buen trato que recibía.

Cuando el insigne navegante, venció el cúmulo de obstáculos y dificultades que se opusieron á su designio, merced al auxilio de la magnánima reina de Castilla, y cuando se estaba disponiendo en el puerto de Palos á emprender su viaje, se encontró con otra dificultad, y no pequeña por cierto. Esta era la falta de gente para completar las tripulaciones. Lo misterioso, arriesgado y dudoso de éxito de un viaje por mares no conocidos hasta entonces; la ignorancia del punto á donde arribaría; la repugnancia de las familias á dejar partir sus individuos; y la voz general de que los expedicionarios marchaban á un fin tan desastroso como seguro, todo esto arredraba á los más valientes y determinados; y sólo á fuerza de promesas y de su persuasiva elocuencia logró Colón reunir el exiguo número de hombres de distintos caracteres, genios y no muy excelente conducta que le siguió al Nuevo Mundo.

Como la atención pública estaba altamente ocupada en todo lo que se refería á la empresa de Colón, calificada de locura, y por todas partes corrían las nuevas de lo que respecto á ella ocurría, llegó á Lisboa la noticia de las contrariedades con que el navegante tropezaba para completar la dotación de sus naves.

Juan, lo supo, é inmediatamente acudió á Palos, para ofrecer sus servicios á Colón. Este se holgó en extremo de verle, y le admitió sin demora. El negro era una buena adquisición; pues además de su probada fidelidad y buenos deseos hacia su antiguo amo, había hecho varios viajes por los mares de Africa, era buen práctico en las maniobras, y no temía los peligros de la navegación.

Juan fué el inmediato servidor del futuro Almirante de Castilla formando parte del equipaje de la nao *Santa María:* fué testigo de todas las peripecias de aquel arriesgado viaje; de los temores y desalientos de los navegantes; de los motines, quejas é imprecaciones contra el jefe; de la serenidad y grandeza de alma de éste; y, por fin, del grandioso acto de pisar la tierra prometida y de tomar posesión en nombre de la reina Católica de la isla de *Guanahani,* que Colón denominó *San Salvador,* como tributo de gratitud á la Divinidad que de tantos peligros le había libertado.

Cuando los pacíficos habitantes de aquella isla, repuestos de su primer y natural asombro, se convencieron de que los recién llegados no tenían intenciones hostiles y se acercaron á ellos, animados por las señas que les hacían y excitada la curiosidad ante los objetos desconocidos y preciosos, á su entender, que les presentaban; lo que más les impresionó fué la vista del negro Juan, quien llevaba en sus manos un hermoso gallo domesticado, que aquella gente desconocía por completo, y que miraba con embeleso, admirándoles la gallardía de su figura y la brillantez de sus plumas de vivísimos colores y dorados matices.

Cuando el gallo soltó su extridente canto, preguntaban que decía, figurándose que el canto era un lenguaje. Desde el gallo, pasó la admiración al negro. Comparando su atezada cara y sus manos con la blancura de sus compañeros, figurábanse que estaba manchado; trayendo una vasija con agua y lavándole cuidadosamente y frotándole con toscos paños de algodón, empeñábanse en volverle la blancura de que le creían privado. Juan los dejaba hacer sonriendo y mostrándoles sus blanquísimos dientes, y los circunstantes pasaron un rato de grato solaz, ante semejante espectáculo.

Pero, como antes dijimos; ¡á qué tristes reflexiones da lugar este sencillísimo episodio! ¡Qué juegos tan extraños presenta de la casualidad ó de la Providencia! ¿Quién había de decir á los sencillos isleños que aquel hombre, cuya presencia tanto les admiraba, era el representante de una raza pacífica, humilde y sufrida, que en época no muy lejana debía poblar los extensos campos del Nuevo Continente, para regarlos con su sudor y con su sangre, á fin de hacerlos más productivos de lo que eran, y para sacar de las entrañas de la tierra los preciosos metales, objeto preferente de la codicia de los europeos, y por cuya posesión se cometieron tantos crímenes y tan inicuas crueldades?

¿Y quién había de decirles á ellos mismos, centinelas avanzadas de los innumerables pueblos que habitaban aquellos climas, ocultos todavía bajo el velo del misterio, que los hombres blancos, que con tan buenas disposiciones, al parecer, se presentaban brindando paz y amistad, eran los precursores de los que en poco tiempo destruirían la raza indígena, sujetándola á duros trabajos y á mortíferas fatigas, llevando después para continuar la destructora obra, hombres de otra raza, considerada como inferior, porque no había tenido la fortuna de nacer entre los pueblos civilizados; raza á cuyos individuos cazaban en los espesos bosques, como si fuesen animales feroces, otros hombres que se llamaban cultos y que

EXCMO. SEÑOR DUQUE DE MEDINASIDONIA.

Jefe Superior del Real Palacio.

hallaron muy fácil, cómoda y lucrativa la infame industria de la venta de carne humana?

España, la nación que abrió la desconocida América, fué allá en nombre del cristianismo, de la civilización y de la fraternidad. Pero la codicia, el orgullo y el ansia de dominio, que es el carácter distintivo de los hombres que se creen superiores, falseó aquellos grandes principios, convirtiéndolos en viles elementos de destrucción y barbarie. Todas las glorias que á España pudo reportar el descubrimiento, quedan empañadas con el negro borrón de la esclavitud.

Hemos dicho que la trata de carne humana es cómoda y lucrativa, y así lo comprendieron todas las naciones de Europa, á las cuales toca por partes iguales la criminal responsabilidad de aquel inicuo delito de lesa humanidad. Francia, Inglaterra, Portugal, Holanda, todas contribuyeron, de común acuerdo, á la infame explotación que el siglo XIX, con la difusión de la luz, con la salvadora marcha del progreso y la pretendida igual-

dad del género humano, no ha podido abolir por completo, á pesar de los esfuerzos de los filántropos, de los congresos antiesclavistas y de los tratados internacionales; pues donde la trata no podía ejecutarse á la vista, se llevaba á cabo subrepticiamente.

Pero, los grandes crímenes políticos y sociales que cometen los pueblos al fin llegan á pagarse. Inglaterra perdió sus colonias; Francia presenció los horrores de la sublevación negra de Santo Domingo; Portugal no posee ya más que un vano y ridículo título de propiedad en las ricas posesiones de la India; y todo el antiguo poder de España en América, redúcese á dos islas de fidelidad vacilante y que se sostienen aún, no de muy buen grado, unidas á la Metrópoli.

La arriesgada costumbre de la esclavitud fué muy difícil de estirpar, por los grandes beneficios materiales que reportaba y por el inmenso placer que proporciona la explotación del hombre por el hombre. La gran República de los Estados Unidos la conservó por mucho tiempo, á pesar de los esfuerzos del gran Lincoln; y fué necesaria la terrible guerra que estalló, para extinguirla. En España fué también precisa la falseada revolución de 1868 para dar un paso hacia la abolición.

Hoy parece que la infame costumbre se halla circunscripta á las ocultas regiones de Africa, donde se practica la esclavitud con todos sus horrores. Los gobiernos de la degradada y empobrecida Europa, ocupados en inútiles cuestiones y sin comprender que el porvenir está en Africa, nada hacen por coadyuvar á la realización del humanitario plan del apóstol de los negros, el gran cardenal Lavigerie, cuyos esfuerzos de abnegación, caridad y amor al hombre esclavo admiraron y aplaudieron todos, pero muy pocos secundaron. Europa, siquiera en desagravio de las arbitrariedades cometidas en cuatro siglos contra la raza esclava, debiera acudir al llamamiento del glorioso misionero-redentor; y ya que la caridad y el respeto á la dignidad humana no fuese el móvil, debía serlo el interés, puesto que aquellas ignotas regiones ocultan en sus bosques y arenales riquezas que los indígenas no conocen ni aprecian, y que la rapacidad de las naciones cultas busca y apetece; considerándolas como el *summum* acabado de la felicidad.

LUIS VEGA-REY

MAÑANITA DE INVIERNO

(DEL DIARIO DE UNA RECIÉN-CASADA.)

ENTRE sueños, noté que Félix se levantaba. Oí ruido de agua en el lavabo, el choque de los cepillos contra la loza, la especie de hervor que hace el jabón cuando se espuma mucho. Lentamente fuí despertando *por dentro*, sin abrir los ojos. Tan pronto me parecía que era muy tarde, las diez ó las once de la mañana, por lo menos, como que era muy temprano, de madrugada ó plena noche; y entonces me decía: «¿Qué tendrá que hacer á estas horas Félix?»

Sin saber lo que hacía, saqué un brazo del embozo de la cama; pero sentí una impresión tan grande de frío, que lo retiré en seguida:—«¡Decididamente es muy temprano; debe caer una helada por ahí fuera!» — Me arropé muy bien; pero volví á pensar en Félix:—«¡Se va á resfriar, de seguro!»

En aquel momento, tosió, ligeramente, como quien evita meter ruido. —«¡Ya está, ya! Resfriado seguro... ¿A qué no pidió agua caliente para lavarse?»

Pero como esto lo dije para mis adentros, sin hablar, Félix no se enteró, claro es. Seguía traginando por la alcoba, acabando de vestirse, sin duda. Luego salió, de puntillas; y apenas hubo salido, cuando me desperté del todo, bruscamente, al empuje doloroso de una idea que hasta entonces había olvidado por completo.

—¡Félix, Félix!... ¿Te vas?

Volvió sobre sus pasos y se acercó á la cama. Yo tenía abiertos ya los ojos, pero no le veía bien, á la escasa luz que reflejaba en el espejo del lavabo una bujía encendida en el gabinete.

—¿Pues no lo sabes?—dijo él inclinándose y besándome en la frente. —No he querido despertarte. Es muy temprano y hace mucho frío. Esta amaneciendo.

Debo confesar que soy muy friolera. En invierno no sé vivir más que al lado de la estufa, ó al sol, andando mucho, en los días despejados. El mayor sacrificio que de soltera hacía, era levantarme temprano para ir con mamá á la iglesia, en las mañanitas de Diciembre y Enero, con aquel airecito picante y sútil del Guadarrama, que abre las carnes; pero mamá es así, madrugadora, y no había más sino seguirla. Cuando alguna vez refunfuñaba yo más de la cuenta, ella me contestaba: «El día que te cases, harás lo que mejor te parezca. Ahora soy yo quien da el tono.» Excuso decir si tendría yo ganas de casarme; aunque, á la verdad, no era sólo por esto.

Pues bien; así que me hube dado cuenta exacta de que Félix se iba, y recordé que era para un viaje largo, á Toledo (cosa de intereses, ineludible), se me fueron de golpe toda la pereza y todo el miedo al frío. De un salto estuve fuera de la cama, como una valiente.

—¡Pero, muchacha!—dijo él, admirado.—¿A qué te levantas?... No hace falta. Tengo arreglada la maleta. Sólo me queda tomar el café, y andando!

—¡Por supuesto!—contesté yo mientras me vestía en cuatro puñados.

—Es la primera vez que te apartas de mí... Quiero que estemos juntos hasta el último momento.

¡Se echó á reir, tomándolo á broma; pero conocí que le satisfacía aquel rasgo de cariño, ¡vaya si le satisfacía! La verdad es que era para agradecérmelo mucho. En mi vida me he sentido más ágil, más entonada de cuerpo, menos sensible á la temperatura exterior. Lo que me preocupaba era él, su viaje, aquella separación de unos días... Me puse una bata de piqué, de mucho abrigo, y, después de ceñírmela á la cintura, me cogí del brazo de Félix.

— Vamos á tomar café, — dije.

Me miró con unos ojos de agradecimiento tan grande, tan profundo, con un cariño tan dulce, tan intenso, que enrojecí toda de placer. Apretando mi cuerpo contra el suyo, fuímos al comedor.

Allí ya era otra cosa. Como el balcón da al jardín, veíase un gran trozo de cielo pálido, que no se sabía bien si estaba despejado ó cubierto de niebla. Ramona, mi doncella, había encendido la estufa; y la llama del cock daba luces extrañas, más intensas que las del crepúsculo, pero menos difusas.

Sentados el uno frente al otro, nos desayunamos mi marido y yo, febrilmente, sin saber lo que hacíamos. Por bajo de la mesa, habíame cogido él una mano, y me la apretaba fuertemente. Yo le miraba, le miraba sin cansarme, como si no lo hubiera de volver á ver.

El reloj de la antesala dió una hora, no sé cual.

— Tengo el tiempo justo, — dijo Félix, levantándose apresurado. — Adiós, hija mía, hasta la vuelta.

Le acompañé, siempre cogida de su brazo; pero cuando fué á abrir la puerta, me rechazó dulcemente.

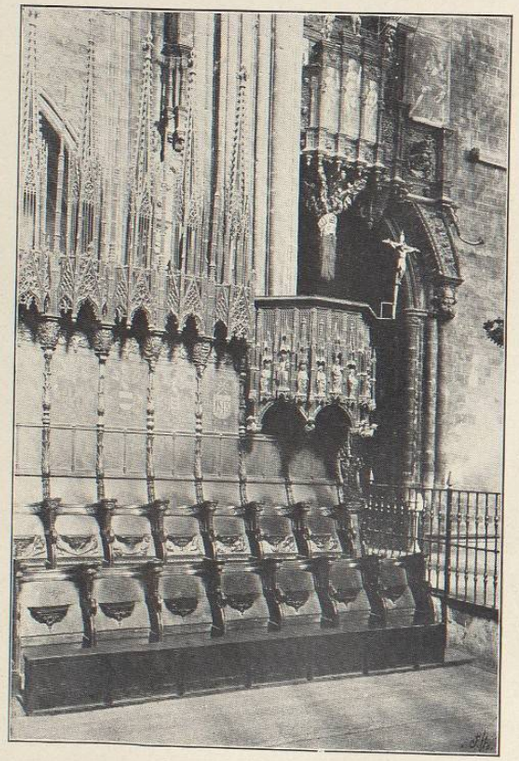
— No, no salgas. El jardín está muy frío y húmedo.

Yo moví la cabeza negando, estrechándome más contra él. Salimos. La tierra estaba cubierta de escarcha; los árboles negros, sin una hoja; y más allá de la verja, por entre los hierros, distinguíase el horizonte violáceo de la sierra, en que brillaba la nieve, con la luz de no sé que sol, invisible para nosotros. La impresión de frío me hizo estremecer.

—¿Ves, chiquilla? — exclamó Félix. — Tú no tienes costumbre de levantarte tan temprano; vas á ponerte mala...

—¡Pero si no siento frío! — contesté. Y en seguida añadí muy bajo: — «Vuelve pronto.»

En la cancela, nos despedimos. Estaba allí presente el jardinero Miguel, que lle-



CATEDRAL DE BARCELONA.
TESTERO DEL CORO Y PÚLPITO

vaba la maleta de Félix; pero yo, que soy tan vergonzosa, no tuve entonces reparo alguno. Abracé á mi marido, que me apretó contra su pecho largamente; y en aquel instante no hubo para mí, invierno, ni escarcha, sino primavera dulce, calor suavísimo y deleitable. ¡Allí hubiera querido estar siempre!

. . . . . .

Volví sola al hotel; y cuando desde lo alto de la terraza, con la mano en el pomo de la puerta, volví atrás la cara, contemplé el jardín desierto y vi como, del otro lado, por la Castellana, corría el coche en que se iba mi Félix,... ¡entonces sí que sentí el frío de aquella mañanita de invierno!

RAFAEL ALTAMIRA

LA REPÚBLICA ARGENTINA

ESTUDIADA Á GRANDES RASGOS

(Conclusión.)

LA cual tuvo lugar dos días después, á solicitud del propio mi interlocutor, quien demostraba no estar menos ansioso de bien informarse que yo de informarle.

Y comprendiendo que mi hombre era uno de esos dotados de lo que podríase llamar *sentido del número*, verle salvar el dintel de mi despacho y correr yo á desatar el balduque del legajo en que guardaba apuntes de pura aritmética descriptiva, fué cosa que hice en el acto y en la que empleé menos tiempo que ahora para contarlo.

Vamos de un tirón á dar cima á nuestra comenzada y, con ésta, dos veces reanudada tarea de estudiar á grandes pinceladas la República Argentina, dije: y para ello procederé sin orden ni concierto, de acuerdo á lo que usted tácitamente me tiene concedido; á condición de que proceda con el respeto escrupuloso que reclama la integridad de las noticias fidedignas.

Me interrogaba usted el otro día sobre las varias fuentes de riqueza de este país, sobre sus producciones, condición moral...

Como el monopolio abusivo y odioso no tome aquí carta de ciudadanía, cosa punto menos que imposible, no tema usted que llegue día en que pueda faltarle el indispensable *pan nuestro;* y si es usted paniego, no sofrene su afición, pues, por fortuna, no verá usted jamás vacía una tahona ni oirá nunca de graves alteraciones sobre el precio de tan precioso alimento: los trigales santafecinos permiten satisfacer las necesidades del consumo interno con todo desahogo; y después de llenadas éstas, puede el país mandar á los mercados extranjeros la enorme cantidad de un millón de toneladas, que es lo que de aquel cereal se exportó en el transcurso del año anterior.

Puesto que he hablado de un ramo determinado de la exportación, aprovecho esta conjetura para decir que, considerada en general, arroja aquélla un total anual de 500 millones de francos, cifra superior en 30 ó 40 millones á la importación.

Aunque son datos de innegable utilidad, desisto de referirme á los ingresos fiscales, por concepto de rentas, y á las salidas, por concepto de las listas civiles; á las deudas externa é interna de la nación; á la solvencia del Banco nacional y á la masa de moneda en papel emitida y lanzada á la circulación por dicho establecimiento de crédito.

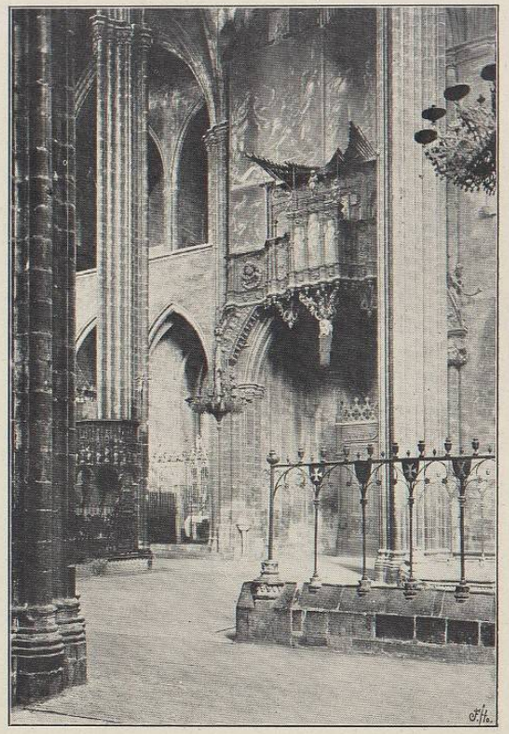
Varias son las causas y concausas que de mucho atrás vienen determinando la desvalorización de la moneda argentina, á saber: en un orden, entre otras, las tarifas proteccionistas que imperan en la mayoría de las naciones comercialmente ligadas con esta República, el malestar monetario por la depreciación de la plata, el desequilibrio europeo entre la producción y el consumo; y en otro orden, la baja excepcional é inmotivada de los principales productos del suelo argentino, la regularización en los servicios de las deudas nacionales, las frecuentes rebeliones, las devastadoras sequías, etc., etc.

Pasemos á las fuerzas productoras del país.

Así como el salitre es la más importante fuente de la riqueza del vecino estado de Chile, que en un solo año ha producido 23 millones de quintales de dichas sales, así también la Argentina tiene en la ganadería el más poderoso recurso de su copiosa riqueza.

Hasta hace pocos años, podía decirse que era nación *exclusivamente* ganadera. Hoy, merced á vigorosos impulsos que ha recibido la agricultura, es también agrícola; pero conserva todavía, y posible es, mantendrá siempre, la condición de ser *esencialmente* pecuaria.

La provincia de Buenos Aires, más extensa y más rica que cualquiera de las trece restantes, es emporio de grandes riquezas basadas en la producción de sus estancias.



CATEDRAL DE BARCELONA.
ORGANO Y PUERTA DE SALIDA

Llaman aquí *estancia* al establecimiento rural destinado á la producción bovina, ovina y caballar. Esos singulares cortijos, tienen de notable su inmensa extensión que en algunos alcanza perímetros de 50 y 60 leguas cuadradas. En su recinto, comúnmente cercado, á manera de vallado, por triple ó cuádruple red de alambre, pacen millares de vacas, bueyes, ovejas y caballos. Podrá usted darse cuenta de lo que este capital reditúa en años de reproducción normal, libres de sequías y mortandad, sabiendo que sólo esta provincia contiene aproximativamente 80 millones de ovejas y 25 de vacas.

Las otras provincias, distan mucho de poder codearse con su hermana mayor. Sin embargo, las de San Juan, Mendoza, la Rioja y Sta. Fé, llevan trazas de ser, en porvenir no remoto, centros productores de colosal importancia; por sus cosechas vinícolas, las tres primeras, y la otra, por sus trigos y granos en general, que exporta en cantidades enormes.

Cuanto á la industria de este país, habrá usted ya podido apreciar su actual estado; algunas tentativas más ó menos afortunadas en tal ó cual ramo; en otros que, como el arte sutorio, por ejemplo, se imponen en una nación civilizada, su desarrollo es completo, y sus manifestaciones marchan, á par de las generales necesidades.

Dirijamos ahora la mirada á la vida intelectual de este pueblo.

Dicen los entendidos que en gramática, la construcción es la piedra de toque del buen hablista; lo que no dudo será cierto, como lo es que la escuela constituye, dentro de su modesta apariencia, el barómetro que marca los grados de cultura é inteligencia de una nación. Esto, precisamente, reza con la Argentina.

No es Buenos Aires foco de grandes literatos y académicos; no lo es tampoco de profundos estadistas y científicos; pero la instrucción está difundida á todas las capas sociales, como un patrimonio que á todos pertenece; y no es común ni mirado con apatía, el encontrar quien no sepa leer y escribir.

Hablen de nuevo las cifras; lenguaje árido, pero concluyente.

En esta provincia, hay actualmente, unas 1.100 escuelas públicas y